

Horst Geckeler

JUAN IGNACIO DE ARMAS
Y LOS COMIENZOS
DE LA DIALECTOLOGÍA HISPANOAMERICANA GLOBAL

1. Introducción

En publicaciones sobre dialectología y geografía lingüística hispanoamericana se menciona casualmente el nombre de Juan Ignacio de Armas, autor cubano de la segunda mitad del siglo XIX, como precursor entre los que intentaron hacer una repartición del español de América en zonas dialectales. Es un hecho bien conocido el de considerar generalmente a Pedro Henríquez Ureña como el primero en haber propuesto una división de toda la América hispanohablante en zonas dialectales. En efecto, el filólogo dominicano propuso en un célebre artículo titulado "Observaciones sobre el español en América", publicado en el año 1921, una división - que él calificó de "provisional" - de "la América española" en "cinco zonas principales".¹ Y es precisamente como precursor de la división dialectal de Pedro Henríquez Ureña que se presenta a veces a Juan Ignacio de Armas. Así lo hace, por ejemplo, Ch. E. Kany en su *Sintaxis hispanoamericana*,² donde dice que las zonas de Henríquez Ureña han sido "breve y parcialmente bosquejadas por Juan Ignacio de Armas" (hecho que ya hemos mencionado en nuestro artículo "La posición del habla andina de Venezuela en el marco de la dialectología hispanoamericana"³ de 1973). R. Menéndez Pidal (⁴1966, 169-215, 172) (en "la unidad del idioma" de 1944), en un contexto algo distinto, cita ya a nuestro filólogo cubano y menciona, además, cuatro zonas dialectales

1 Henríquez Ureña 1921, 357-390, 360.

2 Kany 1969, 12, n. 3; la versión original inglesa es de ¹1945, ²1951.

3 Geckeler 1973, 91, n. 114.

que ve esbozadas en la obra de Juan Ignacio de Armas. H. Serís (*Bibliografía de la lingüística española*⁴) proporciona la información siguiente: "Armas fue el primero que ideó la división geográfica del lenguaje español en América en zonas lingüísticas" - volveremos más adelante a otra afirmación del mismo autor. En el manual de Juan C. Zamora Munné y Jorge M. Guitart, *Dialectología hispanoamericana*,⁵ hemos encontrado una página sobre nuestro tema. Por otro lado, hay que señalar que no es muy difundida la información acerca del papel que juega Juan Ignacio de Armas para los comienzos de la dialectología hispanoamericana global. Muchos hispanistas en cuyas obras se podría esperar encontrar una noticia refiriéndose a nuestro autor no citan ni siquiera su nombre, así, por ejemplo, R. Lapesa, *Historia de la lengua española*;⁶ A. Zamora Vicente, *Dialectología española*;⁷ J. J. Montes Giraldo, *Dialectología general e hispanoamericana*;⁸ H.-D. Paufler, *Latein-amerikanisches Spanisch*;⁹ H. Kubarth, *Das lateinamerikanische Spanisch*;¹⁰ M. B. Fontanella de Weinberg, *La lengua española fuera de España*.¹¹ En el considerable volumen IV: *Iberoamerican and Caribbean Linguistics* de la obra editada por Th. A. Sebeok: *Current Trends in Linguistics*,¹² que cuenta con colaboradores tan eruditos como E. Coseriu, Y. Malkiel, J. M. Lope Blanch y G. L. Guitarte, tampoco se hace mención de Juan Ignacio de Armas.

2. Datos bio-bibliográficos

Damos a continuación lo esencial de lo que hemos podido recoger como información biográfica y bibliográfica acerca de nuestro autor.

Juan Ignacio de Armas y Céspedes nació en 1842, probablemente en la provincia de Camagüey [Cuba]. Estudió ingeniería y desde joven se inició en las labores periodísticas; con el tiempo llegó a ser un crítico y polemista.

4 Serís 1964, 707.

5 Zamora Munné/Guitart 1982, 177-178.

6 Lapesa ⁹1985.

7 Zamora Vicente ²1967.

8 Montes Giraldo ²1987.

9 Paufler 1977.

10 Kubarth 1987.

11 Fontanella de Weinberg 1976.

12 Sebeok 1968.

ta mordaz. A fines de 1868 dirige por breve tiempo el diario *La Aurora*, de Matanza. En 1869, a poco de haber estallado la guerra, se trasladó a Nueva York. Allí fue director de *La América* (1871) y luego de *La América Ilustrada* (1872-1873), y fundó y dirigió el periódico literario *El Ateneo* (1874-1875). Más tarde, ya en La Habana, fue fundador y director de *El Museo* (1882-1884). Colaboró en *El Trunco* - donde publicó una serie de dieciocho artículos bajo el título 'Bahía de Matanzas' (1884-1885) -, en *El Fígaro* y en *Revista Cubana*. Tomó parte en la expedición de Goicurúa, experiencia de la que nacería un relato publicado bajo el nombre de esa gesta y firmado bajo el seudónimo de *Un Soldado*. Fue miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia, de Madrid, y de la Sociedad Antropológica de Italia. Dentro de esta última esfera de intereses, publicó un trabajo con el título de *Los cráneos llamados deformados* (1885). En ocasiones ejerció la crítica literaria y se destacó por sus capacidades filológicas, especialmente en una polémica que sostuvo con Enrique J. Varona sobre modalidades verbales. -

De entre sus obras vale destacar una pieza de teatro, *Alegoría cubana* (1869); *Almanaque cubano para 1870* e ídem *para 1871* (Nueva York); *Las cenizas de Cristóbal Colón suplantadas en la Catedral de Santo Domingo* (Caracas 1881); *Estudios americanistas I. La fábula de los caribes* (1884); *Las etimologías de la Academia* (1886); *La zoología de Colón y de los primeros exploradores de América* (1888). - Murió en Madrid en el año 1889 [30/12/1889].

La información que acabamos de citar se encuentra en G. Alonso/A. L. Fernández, *Antología de lingüística cubana*¹³ - nosotros hemos añadido, entre corchetes, dos precisiones. *La Enciclopedia de Cuba* (1975-21977) casi no toma en consideración a Juan Ignacio de Armas (lo cita sólo dos veces), mientras que el *Diccionario de la literatura cubana* (1980, I, 76) proporciona más o menos la misma información que la *Antología* antes mencionada, pero, además, con una "bibliografía pasiva".

En H. Serís, *Bibliografía de la lingüística española* (cf. n. 5), se registran unas referencias a artículos de nuestro autor relativos a temas lingüísticos, así, por ejemplo, "Las etimologías de la Academia", *Revista Cubana* 2 (1886), 306-319, 442-457; "Los verbos en -ecer", *Revista Cubana* 6 (1887), 38-40 [Polémica con Enrique José Varona].

Hasta este punto no hicimos mención del libro en que se basará el argumento central de nuestra contribución. Se trata de *Orígenes del lenguaje criollo* de Juan Ignacio de Armas.

13 Alonso/Fernández 1977, I, 114.

3. Breve presentación de la monografía *Orígenes del lenguaje criollo* [sic] de Juan Ignacio de Armas

La edición de este libro que se encuentra citada comúnmente es la segunda, "corregida i¹⁴ aumentada", publicada en "Habana, Imprenta de la Viuda de Soler, Ricla, Número 40, 1882" (pudimos consultar esta edición en la biblioteca del Ibero-Amerikanisches Institut de Berlín; pero, a continuación, utilizaremos la reimpresión de la segunda edición, disponible en la *Antología de la lingüística cubana*, I, 1977, 115-186). La primera edición de los *Orígenes* ... se publicó, según parece,¹⁵ en *Revista de Cuba* 11, sin duda también en el año 1882. El original de la segunda edición de La Habana comprende 99 páginas.

No comentaremos por el momento la mayor parte del capítulo I, titulado "Objeto de este estudio", dado que contiene principalmente la información en que se basarán nuestras consideraciones del párrafo siguiente (no. 4). Nos limitaremos a reproducir el pasaje en que Juan Ignacio de Armas define el objetivo de su libro:

Observar el primer jérmen de formacion en el lenguaje que he llamado criollo, primero que empezó a formarse, i último que por razones naturales ha de destacarse de la lengua madre; descubrir, cuando aún no están lejanos, sus verdaderos orígenes, es el principal objeto de este estudio (116).

Por "lenguaje criollo" nuestro autor entiende el "cuasi-dialecto castellano" (115) que se habla en las Antillas (hispanohablantes) y en el litoral del mar Caribe. Claro está que no se trata aquí del término *criollo* en su acepción moderna, sino que hay que interpretar el sintagma del modo siguiente: "lenguaje de los criollos".

En el capítulo II: "Del supuesto idioma lucayo", Armas pretende que las lenguas indígenas de las Antillas no tuvieron "ninguna influencia ... en la formación del lenguaje criollo" (116) y que las palabras que se creyeron originarias de las islas son "palabras venidas de España"; "en muchas de ellas se observa una raíz o una terminacion castellana" (120).

Después de un capítulo sobre "la ortografía de los cronistas" sigue el capítulo IV: "Primera fuente del lenguaje criollo", en el que Armas afirma desde el principio: "La primera fuente del lenguaje criollo, fué el idioma cas-

14 Conservamos en nuestra comunicación la grafía del libro de Armas.

15 Cf. Alonso/Fernández 1977, II, 378.

tellano" (125). A partir de esta afirmación Armas trata de atribuir orígenes castellanos a muchas palabras de las cuales sabemos hoy que son indudablemente de procedencia indígena; así lo hace en los capítulos siguientes (V.-VII.) titulados: "Nombres de animales", "Nombres de vegetales", "Nuevas costumbres". Citamos como ejemplo lo que Armas dice acerca de la etimología de la designación del reptil americano: *iguana*:

El nombre que le pusieron fué el de *Yuana*, o sea *Juana* en ortografía moderna; lo que fue gran desacato, si en ese sér de apariencia horrible, i de majestad ridícula, quisieron recordar a la reina doña Juana, sobrenombrada *la loca*, [...] a quien de nada servia su boato réjio (129).

En el capítulo VIII: "Vozes marítimas" Armas pone de relieve el hecho que "el habla marinesca contribuyó en primera escala a enriquecer el lenguaje de los conquistadores i el de los primeros criollos" (140).

Después del capítulo IX: "Vozes vizcainas" (por ejemplo, en cuanto a la palabra *vicuña* nuestro autor propone un étimo vascuence) se sitúa el capítulo (X.) más extenso del libro, titulado "Vozes criollas, derivadas del árabe" (144-159), que provoca la crítica; cf. la primera afirmación del autor:

Después del castellano, el idioma arábigo fué el más rico arsenal de que tomaron los conquistadores los términos que necesitaban para nombrar los objetos que en América veían (144).

Sigue un glosario de "palabras árabes introducidas en el lenguaje criollo desde la conquista" (145), en el que figuran palabras como *barbacoa*, *bonito* (pez), *caiman*, *Caracas*, *cacique*, *guajiro*, *(La) Habana*, *jejen*, *joropo*, *maiz*, *nigua*, *zafra*, cuyo origen indígena es un hecho incontestable para la lingüística hispánica actual.

Siguen unas páginas problemáticas sobre "Vozes criollas tomadas del latín i del griego".

Después de haber negado a las lenguas indígenas del área caribe todo tipo de influjo sobre el "lenguaje criollo", Juan Ignacio de Armas admite, sin embargo, en los capítulos siguientes (XII.-XIV.) un tal influjo por parte de ciertas lenguas indígenas del continente americano; se trata sobre todo de la lengua "azteca o mejicana" ("es la que ha contribuido con más copioso caudal a enriquecer el lenguaje criollo. Este a su vez sirvió de intermedio para transmitir gran parte de esas voces a todos los idiomas europeos", 162) y del "idioma quíchua" (165).

Capítulo XV: "Vozes fortuitas":

Quiero llamar de est[e] modo a los vocablos sin derivacion segura, formados por capricho, o por error, que ocurren en todas las lenguas, i que son mui numerosas en el lenguaje criollo (169).

Según Armas pertenecen a este tipo de voces, por ejemplo, muchos nombres geográficos impuestos por los descubridores y conquistadores en América.

Armas empieza el capítulo XVI: "Vozes formadas por conquistadores i criollos" con la afirmación siguiente:

Las voces jeneradas en América son las que mejor dan muestra de la vitalidad que tuvo el lenguaje criollo desde los primeros tiempos, de sus fuerzas creadoras, i del sentido en que se mueve para adquirir completo desarrollo (173).

A continuación el autor da una lista de 21 "desinencias de que se ha servido para la formacion de vocablos propios" (173); según lo que Armas dice arriba, tiene que tratarse más bien de sufijos que de desinencias. Aquí, como en otras oportunidades, nuestro filólogo cubano no admite indigenismos del área caribe en el "lenguaje criollo". Por esta razón interpreta - artificialmente, a nuestro modo de ver - préstamos indígenas como formaciones sufijales "jeneradas en América" (173); así, por ejemplo, *hamo* "especie de red" [?] + *-aca* > *hamaca*.

Capítulo XVII: "Vozes de otros idiomas":

Los idiomas extranjeros que más han contribuido a enriquecer el caudal propio del lenguaje criollo, son los siguientes, en orden de su importancia: inglés, francés, portugués, italiano, alemán, chino, malayo i las diversas lenguas africanas (177)

A continuación el autor agrega numerosos ejemplos de préstamos léxicos de la mayoría de las lenguas mencionadas adoptados en el "lenguaje criollo".

Antes de llegar a la "Conclusion" (XIX.), Juan Ignacio de Armas trata, en el último capítulo (XVIII.), "vozes castellanas, olvidadas en España"; dice a este respecto:

Pero el caudal máspreciado del lenguaje criollo, consiste en una gran cantidad de voces puramente castellanas, olvidadas en España, i repudiadas, puede decirse, por la lengua madre; que no están en los diccionarios, i son tema continuo de injusta censura para muchos puristas trascordados. América las conserva, i de ellas se constituye en heredera. [...] Se encuentran por centenares, por millares, de seguro, en toda América (183).

Citamos algunos ejemplos: *candela* por *fuego*, *lumbre*; *pararse* por *ponerse en pié*; *pila* por *fuelle*.

Ya en su época, pero también posteriormente, el libro de Armas suscitó severas críticas, sobre todo en razón de muchas etimologías propuestas por el autor. Fue criticado, por ejemplo, por Félix Ramos y Duarte en su artículo "Orígenes del lenguaje cubano" de 1893,¹⁶ por Juan Manuel Dihigo en su estudio "El movimiento lingüístico en Cuba" de 1916,¹⁷ por Pedro Henríquez Ureña,¹⁸ que habla del "extravagante libro de Juan Ignacio de Armas" y por J. C. Zamora Munné y J. M. Guitart,¹⁹ que califican - por lo menos - ciertas de sus etimologías de "isidorianas" y "disparatadas".

J. M. Dihigo (1977, I, 268) recuerda una caracterización de Armas que se encuentra en su necrología:

[...] su espíritu [...] se dejaba llevar fácilmente a la paradoja y a la contradicción, haciéndole sustentar ideas singulares que encontraron doctos y tenaces refutadores, [...]

y en otro lugar dice:

Los que conocieron al señor De Armas y supieron reconocer en él dotes intelectuales superiores no habrán olvidado la facilidad con que daba vuelos a la imaginación (Dihigo 1977, I, 306).

A. Zayas habla en su "Lexicografía antillana" de 1931²⁰ de "la rica fantasía del señor Juan Ignacio de Armas".

Concluimos con un juicio actual, el de H. López Morales, quien caracteriza a Juan Ignacio de Armas de la manera siguiente:

hombre inquieto y curiosamente interesado en las cosas del lenguaje, pero sin formación alguna en este sentido y lleno, además, de prejuicios anti-indígenas. Los propósitos que guiaron su trabajo eran, de una parte, demostrar que el fraccionamiento del español americano era inevitable, y por otra, convencer a sus lectores de que la influencia precolombina en los dialectos hispánicos de las Antillas era inexistente. Para demostrar su primer punto echaba mano a conceptos evolucionistas que aplicaba con ineluctable rigor; cuando se trataba de negar la procedencia taína de ciertos elementos léxicos, su guía incuestionada fueron las etimologías

16 Ramos y Duarte 1977, I, 219-220.

17 Dihigo 1977, I, 293-294.

18 Henríquez Ureña 1940, 30, n. 1.

19 Zamora Munné/Guitart ²1988, 178.

20 También reeditado en Alonso/Fernández 1977, II, 48.

isidorianas, que, por supuesto, manejaba con total libertad interpretativa (López Morales 1988, 1401).

J. C. Zamora Munné y J. M. Guitart (²1988, 178), por el contrario, llegan a una evaluación más positiva de nuestro autor.

4. El esbozo de una división de la América hispanohablante en zonas dialectales de Juan Ignacio de Armas

Lo que nos interesa en esta comunicación no son las etimologías de Juan Ignacio de Armas, sino lo que se puede desprender de su libro *Orígenes del lenguaje criollo* de 1882 en cuanto a un - quizás - primer intento de repartir el área del español de América en zonas dialectales.

En realidad, la dialectología o la geografía lingüística [ante litteram] no eran - como lo vimos arriba - el tema del libro de nuestro autor. Sin embargo, a principios de sus reflexiones sobre la formación del "lenguaje criollo" y sobre la supuesta inevitable separación futura del español de América de "la lengua madre", Armas identifica cuatro o cinco zonas lingüísticas, pero - lamentablemente - sin dar los criterios en que está basada su diferenciación zonal.

A continuación citamos por extenso el texto respectivo de los *Orígenes* de Armas:

Llamo *lenguaje criollo*, a falta de mejor nombre, al conjunto de voces i construcciones peculiares, de uso corriente i jeneral en las islas de Cuba, Santo Domingo i Puerto Rico, en las repúblicas de Venezuela i Colombia, i en alguna parte de Centro América.

Empezó a formarse en Las Antillas, sobre la ancha base del idioma castellano, desde los primeros días del descubrimiento; se propagó con la conquista al continente, siendo designado en sus principios con el nombre de *lengua de las islas*;²¹ se enriqueció a su vez con multitud de vocablos de las nuevas rejiones conquistadas; adquirió homojeneidad i un carácter distintivo, con los primeros criollos; allegó a su formacion los más variados componentes; i hoi constituye un cuasi-dialecto castellano, que comprende el litoral del mar Caribe, i que será sin duda, para una época aún

21 El empleo de este nombre con respecto al "lenguaje criollo" fue criticado como erróneo por P. Henríquez Ureña 1940, 30, n. 1.

remota, la base de un idioma, hijo del que trajeron los descubridores i conquistadores de América.

Otro lenguaje especial existe, i otro idioma, hermano del primero, preparan las evoluciones de los tiempos en Méjico i Centro América; otro, o acaso dos, en el Pacífico; otro en Buenos Aires, que como más apartado del foco de pureza en el idioma comun, va actualmente por delante en la natural formacion de un idioma propio. Las leyes del transformismo no pueden alterarse en la ciencia filológica, como en ninguno de los otros ramos a que se estiende el estudio de las ciencias naturales. El castellano, llamado a la alta dignidad de lengua madre, habrá dejado en América, aun sin suspender el curso de su gloriosa carrera, cuatro idiomas, por lo ménos, con un carácter de semejanza jeneral, análogo al que hoi conservan los idiomas derivados del latin (115-116).

La primera zona comprende, pues, según Armas, las tres Antillas hispanófonas, Venezuela, Colombia y "alguna parte de Centro América" (115). No se puede saber en qué regiones centroamericanas el autor pensó puesto que "Centro América" aparece también en la segunda zona, asociada esta vez con Méjico. La primera zona abarca indudablemente Panamá, dado que en la época de Armas formaba parte de Colombia. Esta primera área establecida por Armas corresponde, según él, al "litoral del mar Caribe" (115). Pero la concepción de Armas resulta muy niveladora con respecto a Venezuela y Colombia, porque estos países no tienen sólo una 'fachada' hacia el mar Caribe, sino tierras altas y llanos en el interior y - en el caso de Colombia - también el litoral del Pacífico (cf. la 3a zona). En cuanto al "lenguaje criollo" Armas lo define como "un cuasi-dialecto castellano" (115), mientras que en lo que se refiere a las demás zonas habla de "otro lenguaje especial", de "otro idioma, hermano del primero" (115).

La segunda zona está constituida por Méjico y América Central - sin que nuestro autor advierta que "alguna parte de Centro América" figura ya en la primera zona.

Por lo que se refiere al área del Pacífico, Juan Ignacio de Armas queda indeciso, diciendo: "otro [idioma], o acaso dos, en el Pacífico" (115). R. Menéndez Pidal (cf. supra) sólo tomó en consideración la primera alternativa y así llegó a cuatro zonas, mientras que los que anticipan una conexión con la división en cinco zonas dialectales de P. Henríquez Ureña (como, por ejemplo, Ch. E. Kany, cf. supra) optan por la segunda. Escogiendo la segunda alternativa, hay que establecer dos zonas dialectales en el Pacífico, distinguiendo, según nuestro modo de ver, una septentrional y una meridional. De tal manera estamos muy cerca de la configuración de P. Henríquez Ureña. Y, efectivamente, el mismo P. Henríquez Ureña comenta en 1940 el

texto de Juan Ignacio de Armas de la manera siguiente: "son, en efecto, dos: el andino y el chileno". Teniendo en cuenta la primera zona de Armas, hay que quitar Colombia de la zona septentrional.

La quinta zona la define Armas por el solo nombre de la capital argentina, Buenos Aires. Es de suponer que Buenos Aires representa no sólo la Argentina, sino, más o menos, los países del Río de la Plata. Lo que Armas agrega en la oración relativa siguiente: "[idioma] que como más apartado del foco de pureza en el idioma comun, va actualmente por delante en la natural formacion de un idioma propio" (115-116) requiere un comentario. Hay dos puntos: 1. No está claro si Armas se refiere, hablando del estar "apartado del foco de pureza en el idioma comun", a la distancia geográfica que separa los países rioplatenses de España o si se refiere al nivel cultural relativamente bajo que se atribuye a dicha región en la época colonial y postcolonial. 2. Afirmando que el idioma de Buenos Aires "va actualmente por delante en la natural formacion de un idioma propio", Juan Ignacio de Armas alude probablemente a la discusión acerca del "idioma nacional" en la Argentina de su época. A. Alonso (1979, 117) nos dice lo siguiente con respecto a este asunto: "En los quince últimos años del siglo XIX²² y al principio del XX se hablaba apasionadamente del idioma argentino, hasta que un señor francés, Lucien Abeille, que lo quiso defender con aparato teórico, lo desacreditó del todo" - en su libro *El idioma nacional de los argentinos*, París 1900.

Ya hemos dicho arriba que, desafortunadamente, Armas no dice nada acerca de los criterios que utilizó para distinguir cuatro o cinco zonas lingüísticas en Hispanoamérica. Lo que nos queda por hacer es construir hipótesis a este respecto.

- La primera zona lingüística - la del litoral del mar Caribe - fue probablemente determinada por un criterio de índole histórico-cultural, que, a nuestro parecer, se puede desprender de ciertos pasajes arriba citados del texto de Armas. Otra hipótesis es la supuesta ausencia de influjos de lenguas indígenas del área del Caribe en esta zona dialectal.
- La segunda zona, la de Méjico y América Central, debe resultar o del criterio de la cronología de la conquista o del criterio del influjo de lenguas indígenas, sobre todo del azteca (cf. capítulo XII) en el caso de Méjico.
- La tercera y la cuarta zona, la(s) del Pacífico, fueron quizás determinadas por el mismo o los mismos criterios que el o los de la segunda zona, es decir por el criterio de la cronología de la conquista o por el del influjo de

22 A. Alonso trae también suficiente información sobre el uso del término "idioma nacional" en años anteriores.

lenguas indígenas, del quechua (cf. capítulo XIII) con respecto al Perú, a Bolivia y al Ecuador, regiones que corresponden a la tercera zona, la zona septentrional del Pacífico. No sabemos en qué medida Armas conocía la situación de las lenguas indígenas de Chile, región que debe corresponder a la cuarta zona. Por consiguiente no logramos explicar el criterio de la eventual bipartición de la zona lingüística del Pacífico propuesta por nuestro autor.

- La quinta zona parece tener su fundamento, por un lado, en un criterio geográfico - la gran distancia entre la región rioplatense y España - y, por otro lado, en un criterio cultural y hasta lingüístico - la supuesta evolución divergente de su idioma con respecto al español de España y al español de América.

No se trata de evaluar aquí estos criterios puesto que son sumamente hipotéticos.

Lo que queda es un esbozo, el primero que se conoce hasta la fecha - si estamos bien informados -, de la repartición de Hispanoamérica en zonas lingüísticas. Habría que buscar si no existen tentativas de división del Nuevo Mundo hispánico en zonas dialectales anteriores a la de Juan Ignacio de Armas. Esto último no parece totalmente inverosímil, dado que nuestro autor casi no explica los criterios de su repartición zonal. ¿Podría ser que se refiera, tácitamente, a un modelo entonces conocido?

5. ¿Pedro Henríquez Ureña continuador de Juan Ignacio de Armas?

Casi 40 años después de la publicación de los *Orígenes* de Armas aparecieron las "Observaciones sobre el español en América" de Henríquez Ureña, en las que él propone - como ya hemos dicho - una división "provisional" de la "América española" en "cinco zonas principales", que corresponden no exactamente, pero bastante bien a las zonas indicadas por Armas.

¿Existe una conexión entre los dos intentos de establecer zonas lingüísticas en Hispanoamérica? Hay autores que afirman que sí. Así, por ejemplo, H. Serís (1964, 707) dice con respecto a P. Henríquez Ureña: "Desarrolló la idea de Armas, estableciendo el sistema de cinco zonas principales y varias subzonas", José Pedro Rona (1964, 216) habla de la división de Henríquez Ureña añadiendo que "se basa en la hecha por Ignacio de Armas", y C. A. Solé (1970, 37), refiriéndose a Henríquez Ureña: "Sigue la idea original

de Juan de [sic] Ignacio de Armas, 'División en zonas lingüísticas',²³ en su libro *Orígenes ...*." Los tres hispanistas parecen sugerir que Henríquez Ureña conocía la tentativa de Armas.

Y ¿qué dice Pedro Henríquez Ureña mismo a este respecto? En su artículo citado del año 1921 no menciona a Armas, pero, en una publicación posterior, su monografía sobre *El español en Santo Domingo* de 1940, explica lo siguiente:

Esbocé esta división de zonas en mis *Observaciones ...* (... 1921 ...). Después he descrito los caracteres de la zona mejicana en la Introducción al tomo IV de esta *Biblioteca [de Dialectología Hispanoamericana]* [1938] ..., y he señalado las regiones en que se divide. ... Leyendo ahora el extravagante libro de Juan Ignacio de Armas, *Orígenes ...*, encuentro anticipada en parte la división en zonas que propongo: ..." (Henríquez Ureña 1940, 29-30, n. 1).²⁴

En principio no tenemos ningún motivo para poner en tela de juicio lo que Henríquez Ureña dice acerca del momento en el que leyó el libro de Armas. Según Henríquez Ureña, la lectura se sitúa, pues, en una época decididamente posterior a la de la división zonal propuesta por él en su artículo de 1921, o sea presumiblemente entre 1935²⁵ y 1940. No entendemos en qué fuentes se basan autores como Serís, Rona y Solé para poder sugerir que Henríquez Ureña conocía la división de Armas.

Por otra parte es extraño que un autor tan erudito como Pedro Henríquez Ureña no haya tenido noticia de los *Orígenes* de Armas o, más exactamente, no haya leído este libro, que ya en 1921 llevaba casi 40 años de publicado. No conocemos suficientemente el contexto cultural para poder juzgar la intensidad de los contactos entre el gran *homme de lettres* dominicano y el mundo intelectual de Cuba de entonces. Pero, según parece, la presencia de Cuba en Santo Domingo era muy fuerte en aquella época. Así el libro de Armas debe haber tenido cierta difusión; se puede citar, por ejemplo, a Arturo Montori, quien resume en su libro *Modificaciones populares del idioma castellano en Cuba*, La Habana 1916, la división zonal de Armas.²⁶

Basándonos en la extraordinaria erudición de Pedro Henríquez Ureña y en la innegable semejanza, en su perspectiva global, entre las dos divisiones, formulamos prudentemente la conjetura de que Pedro Henríquez Ureña podía

23 No existe tal título de capítulo en el libro de Armas.

24 En la misma nota el autor critica ciertos detalles en el texto de Armas.

25 Cf. Henríquez Ureña 1940, 7.

26 Cf. Alonso/Fernández 1977, I, 326. - En efecto, toma en consideración la división de Armas en el último capítulo de su libro A. Montori.

haber tenido una - por lo menos - vaga información - quizás por canales indirectos - de la existencia de una división prototípica de Hispanoamérica en zonas lingüísticas. Pero aquí estamos en plena hipótesis. Citamos, por fin, a H. López Morales (1988, 401) quien habla de una "situación sospechosamente cercana a la de Armas". O - otra hipótesis - ¿existe una fuente desconocida hasta la fecha, un arquetipo común a los dos autores?

6. Conclusión

A partir de la perspectiva de las ideas de la historia de la lingüística hispánica en general y de la dialectología o de la geografía lingüística hispanoamericana global en particular se puede decir que Juan Ignacio de Armas fue precursor en el dominio de la delimitación de zonas dialectales de Hispanoamérica en escala continental y transcontinental, y esto independientemente de un influjo posible o probable sobre Pedro Henríquez Ureña. Los criterios de Armas no son explícitos, y los que suponemos para tratar de explicar su división zonal son heterogéneos. La división propuesta por Henríquez Ureña constituye un progreso incontestable en comparación con la de Armas, porque sus criterios son explícitos y su descripción de las zonas es más detallada. Pero los criterios utilizados por Henríquez Ureña no son de índole puramente lingüística, hecho criticado sobre todo por J. P. Rona (1964). Por esta razón J. M. Lope Blanch (1984, 530) considera a Pedro Henríquez Ureña, a su vez, como precursor de la "síntesis delimitadora tan necesaria", que queda aún por hacer. "Lo importante es que Henríquez Ureña abrió la puerta a tan necesaria clase de investigaciones, poniendo a la vez en la picota la simplificadora idea de la unidad del español americano".²⁷

Recordamos por fin que 1992, el año de los quintos centenarios en el mundo hispánico, es también la fecha del sesquicentenario del nacimiento de Juan Ignacio de Armas.²⁸

P. S.:

Como lingüista y filólogo querríamos llamar la atención a un detalle textual. Tal vez sea temerario sacar una conclusión del empleo, por Juan Ignacio de Armas y por Pedro Henríquez Ureña, del nombre *lucayo* para designar, de

27 Cf. ahora E. Coseriu 1990, 43-75.

28 Agradecemos a la Dra. Olga Mori la amabilidad de haber revisado estilísticamente la versión escrita de nuestro artículo.

modo global, a los idiomas indígenas hablados en las Antillas en la época de la conquista - hoy se utiliza generalmente la designación *taíno*. ¿El hecho de que Pedro Henríquez Ureña emplea en 1921 el nombre *lucayo* para definir su segunda zona dialectal será una reminiscencia de su supuesta lectura del libro de Juan Ignacio de Armas? No nos aventuramos a afirmarlo, dado que no conocemos el grado de difusión de este término en el ambiente intelectual en el que Pedro Henríquez Ureña vivía a principios del siglo XX. De todos modos, en su *Historia de la cultura hispánica* (la primera edición es de 1947), donde repite su división en cinco zonas dialectales, ya no habla de *lucayo*, sino de la "familia arahuaca" y, más particularmente, del *taíno* cuando se refiere a dicha zona.

Bibliografía

Alonso, Amado (1979):

Castellano, español, idioma nacional, Buenos Aires, Losada.

Alonso, Gladys/Fernández, Angel Luis (eds.) (1977):

Antología de lingüística cubana, I, II, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.

Armas, Juan Ignacio de (1882):

"Orígenes del lenguaje criollo", La Habana, reproducido en: Alonso, Gladys/Fernández, Angel Luis (eds.) 1977, I, 115-186.

Coseriu, Eugenio (1990):

"El español de América y la unidad del idioma", en: *I Simposio de Filología Iberoamericana* (Sevilla, 26 al 30 de marzo de 1990), Zaragoza, Pórtico, 43-75.

(1980-84)

Diccionario de la literatura cubana, 2 tomos, La Habana, Ed. Letras Cubanas.

Dihigo, Juan Miguel (1916):

"El movimiento lingüístico en Cuba", en: Alonso, Gladys/Fernández, Angel Luis (eds.) 1977, I, 229-321.

(1975-1977)

La Enciclopedia de Cuba, 14 tomos, San Juan/Madrid, Enciclopedia y Clásicos Cubanos Playor.

- Fontanella de Weinberg, María Beatriz (1976):
La lengua española fuera de España, Buenos Aires, Paidós.
- Geckeler, Horst/Ocampo Marín, Jaime (1973):
"La posición del habla andina de Venezuela en el marco de la dialectología hispanoamericana", *Vox Romanica* 32, 66-94.
- Henríquez Ureña, Pedro (1921):
"Observaciones sobre el español en América", *Revista de Filología Española* 8, 357-390.
- Henríquez Ureña, Pedro (1940):
El español en Santo Domingo, Buenos Aires, Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana V.
- Kany, Charles E. (1969):
Sintaxis hispanoamericana, Madrid, Gredos.
- Kubarth, Hugo (1987):
Das lateinamerikanische Spanisch, München, Hueber.
- Lapesa, Rafael (⁹1981):
Historia de la lengua española, Madrid, Gredos.
- Lope Blanch, Juan M. (1984):
"Pedro Henríquez Ureña, precursor", en: González Tirado, Rafael (ed.), *Actas del VII Congreso, Asociación de Lingüística y Filología de América Latina (ALFAL), Homenaje a Pedro Henríquez Ureña*, II, Santo Domingo, 527-535.
- López Morales, Humberto (1988):
"Caracterización fonológica de los dialectos del Caribe hispánico", en: Ariza, M./Salvador, A. (eds.), *Actas del I Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española*, II, Madrid, Arco Libros, 1401-1415.
- Menéndez Pidal, Ramón (⁴1966):
"La unidad del idioma", en: id., *Castilla. La tradición, el idioma*, Madrid, Espasa-Calpe, 169-215.
- Montes Giraldo, José Joaquín (²1987):
Dialectología general e hispanoamericana, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo.
- Montori, Arturo (1916):
"La evolución popular del idioma", en: Alonso, Gladys/Fernández, Angel Luis (eds.) 1977, I, 325-347.
- Paufler, Hans-Dieter (1977):
Lateinamerikanisches Spanisch, Leipzig, VEB Verlag Enzyklopädie.

Ramos y Duarte, Félix (1893):

"Orígenes del lenguaje cubano", en: Alonso, Gladys/Fernández, Angel Luis (eds.) 1977, I, 215-226.

Rona, José Pedro (1964):

"El problema de la división del español americano en zonas dialectales", en: *Presente y futuro de la lengua española*, I, Madrid, OFINES, 215-226.

Sebeok, Thomas A. (ed.) (1968):

Current Trends in Linguistics, IV: *Ibero-American and Caribbean Linguistics*, The Hague, Mouton.

Serís, Homero (1964):

Bibliografía de la lingüística española, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo.

Solé, Carlos A. (1970):

Bibliografía sobre el español en América 1920-1967, Washington, D.C., Georgetown University.

Zamora Munné, Juan C./Guitart, Jorge M. (1982, ²1988):

Dialectología hispanoamericana, Salamanca, Ediciones Almor.

Zamora Vicente, Alonso (²1967):

Dialectología española, Madrid, Gredos.

Zayas, Alfredo (1931):

"Lexicografía antillana (introducción)", en: Alonso, Gladys/Fernández, Angel Luis (eds.) 1977, II, 45-61.